

JAIME HERAS

LA MUJER CARMESÍ

NOVELA

La mujer carmesí

Jaime Heras

Este libro está dedicado a todos los que luchan por sus hijos sin rendirse jamás

"Nada está realmente perdido mientras lo recordamos"

L.M.Montgomery

"The past is never dead. It's not even past"

William Faulkner

Prólogo —Halya

(Zorokiv, Ucrania. 1933)

Wasył escondió las manos bajo las axilas y esperó hasta que volvió a sentir las. Miró alrededor. En el tejado de la granja de los Shurovska ondeaba un trapo negro. Tenía que recordar preguntarle a su madre por qué se usaba el negro para indicar que alguien había muerto. Para él el color de la muerte era el blanco. El blanco de la nieve que cubría hasta donde llegaba su vista y que escondía las pocas raíces y brotes que pudieran quedar aún en el suelo. Casi todos sus amigos habían muerto. En realidad, casi todas las personas que conocía habían muerto. Primero fue su hermana pequeña, Nadia. Luego fue papá, que tras recoger las pocas joyas y objetos de oro que había en la casa fue a la ciudad, convencido de que en la tienda para extranjeros le cambiarían aquellas joyas por suficiente arroz para poder pasar el invierno. Pero papá nunca volvió. Por último fue su hermana mayor, Evdokhia, que pasaba semanas tumbada en el catre, sin moverse. Su madre le decía a Wasył que Evdokhia sólo necesitaba descansar, pero una mañana Wasył, haciéndose el dormido, vio sollozar a su madre en silencio frente al cuerpo hinchado de la pequeña, para luego cogerlo en brazos y salir al exterior helado. Ahora estaban solos su madre y él.

Sus manos ya habían recuperado algo de sensibilidad, y siguió rebuscando alguna brizna de hierba bajo la nieve. Si tenía suerte y encontraba algo su madre lo molería con cortezas de árboles y haría pasteles, que eran lo más parecido a comida que podían llevarse a la boca. Tenía frío y hambre. De hecho, siempre había tenido frío y hambre, pero aquella mañana parecía más helada de lo normal. A veces le daba miedo estar muriéndose también, pero mamá le decía que nunca dejaría que se muriera, que ella cuidaría de él. Y que no tenía que tener miedo, porque la Gran Madre cuidaba de los dos. Wasył no entendía por qué ellos te-

nían una madre que los cuidaba, si a los demás niños con los que jugaba en la iglesia de San Basilio les decían que tenían un Padre bueno. Su madre les decía que estaban equivocados, que en realidad Dios siempre había sido una mujer, pero que era un secreto. Y él nunca hablaba de eso con nadie, pero sabía que algunos de sus vecinos los miraban con una mezcla de miedo y desprecio, y que algunos llamaban "Halya la bruja" a su madre. Pero todo eso era antes de que los soldados empezaran a quitarles la comida, y de que llegaran los tractores a recolectar las patatas y los cultivos del campo, y de que los hombres de las brigadas entraran en las casas sin permiso e hicieran cosas malas. Lo cierto era que casi todos sus amigos, los que iban a San Basilio y rezaban a Dios, habían muerto, pero su madre y él seguían con vida. Así que quizás aquella otra madre de la que le hablaba mamá fuera real.

Wasył estaba perdido en sus pensamientos mientras buscaba entre la nieve, y no se dio cuenta de que se había alejado bastante de la casa. De pronto oyó un ruido de pasos sobre la nieve a su derecha. El padre de los Shurovska, Anton, corría torpemente en su dirección. Hacía semanas que no lo veía y desde entonces una barba canosa le había crecido en la cara, que junto con un gorro raído le cubría casi completamente el rostro. Pero incluso a esa distancia Wasył pudo fijarse en su mirada. Sus ojos parecían de cristal oscuro. Ya no eran los ojos de una persona, sino los de un animal salvaje. Su madre le había advertido que no podía pasear solo lejos de la casa, porque había gente mala que secuestraba a los niños para comérselos. Wasył siempre había pensado que eran historias de miedo para que Nadia no se alejara y se perdiera, pero ahora, al ver la mirada de su vecino y la espuma blanquecina que manchaba su barba, sabía que eran ciertas. Corrió hacia la casa llamando a su madre, mientras el granjero, débil y febril, caía torpemente sobre la nieve una vez tras otra. Wasył no había llegado aún a casa cuando su madre salió a la puerta y le hizo pasar rápidamente. Ella, en lugar de pasar, se plantó delante de la entrada, clavando su mirada azul en Anton Shuro-

vska, que al verla se detuvo, en silencio. Los ojos inertes del hombre parecieron reflejar terror, y su cuerpo se cayó una vez más a la nieve, esta vez hacia atrás, mientras se protegía con los brazos de alguna amenaza que sólo él podía ver. Se quedó allí tirado unos segundos, antes de levantarse vencido y alejarse sollozando, no hacia su casa, sino hacia lo lejos, hasta perderse en dirección a un horizonte blanco, indistinguible del cielo. Hacia el blanco de la muerte.

Halya entró de nuevo en la casa y Wasyl supuso que le esperaba una buena bronca por haberse alejado tanto, pero en lugar de eso su madre se quedó quieta en el quicio de la puerta, esperando en silencio, como si estuviera escuchando algo. Entonces Wasyl empezó a escucharlo también: el ruido de un motor. Su madre y él miraron fuera y vieron un camión que se acercaba por la nieve. Halya entró rápidamente en la casa cerrando la puerta.

—Wasyl, entra en el cuarto de los trastos y pase lo que pase no salgas ni digas nada. ¿De acuerdo?

La casa tenía sólo una gran habitación en la que antes dormían todos, calentada por una estufa sobre la que cocinaban, cuando tenían con qué hacer fuego y qué cocinar, y una pequeña estancia en un rincón donde guardaban las herramientas de labranza cuando aún las tenían.

—¿Es una brigada? —Preguntó Wasyl, asustado.

—¡Júrame que no saldrás ni dirás nada! ¡Júramelo!

—Sí, mamá. Te lo juro.

Su madre rebuscó en sus bolsillos y extrajo un pequeño papel con un par de briznas de hierba. En el papel Wasyl creyó ver una estrella dibujada. Halya puso las hojas de hierba en la palma de la mano y las frotó mientras repetía unas palabras que Wasyl no entendió. Al acabar se llevó la hierba a la boca, pero antes de meterla vio que Wasyl le observaba inmóvil.

—¡Entra ya!

Wasyl entró en el pequeño cuarto donde sólo quedaban los pocos aperos de labranza que los soldados no les habían quitado: una pala, una azada y una carretilla. Cerró la

puerta, pero se quedó observando por una pequeña rendija que había entre dos de los tablones. Su madre se había metido la hierba en la boca y esperaba en silencio mirando hacia la puerta. El ruido del motor se había detenido en el exterior, y sonaron tres golpes fuertes y rápidos. Wasyl vio como su madre abría y entraban dos hombres uniformados. Estaba acostumbrado a aquellos uniformes. Eran los hombres que iban por las casas buscando comida u objetos de valor. Uno de los hombres andaba de forma rara, como si le costara mantener el equilibrio. Una vez que el padre de Wasyl había vuelto a casa borracho caminaba de aquella manera. El otro habló con su madre en voz baja. Ella respondía también en voz baja, pero por sus gestos Wasyl sabía que les estaba diciendo que ya no tenían comida ni ropa de abrigo. Aquel hombre empezó a rebuscar por la casa, mirando debajo de las sillas y las mesas, e incluso dentro de la estufa. El otro hombre miraba a su madre de forma extraña y empezó a hacer comentarios en voz baja mientras se acercaba a ella. Wasyl supuso que debía decir cosas divertidas porque su compañero se reía cada vez más fuerte. De pronto el hombre borracho se abalanzó sobre Halya y empezó a recorrer su cuerpo con sus manos. Su madre no se movió, sólo le susurró algo al oído. Él pareció sorprendido unos instantes, pero luego agarró a la mujer por la nuca y le dió un largo beso en la boca. Wasyl sintió rabia. Sólo su padre podía besar a mamá. Le dieron ganas de salir y gritar, pero había jurado que estaría callado. De pronto la mirada del borracho cambió. Sus ojos se abrieron de par en par y se llevó las manos a la garganta. Empezó a emitir extraños sonidos, como si se atragantara. Su compañero se acercó a él, aún riendo, pero pronto dejó de hacerlo cuando la cara de aquel sujeto repulsivo se empezó a volver de color azulado. Al poco cayó muerto al suelo con la boca entreabierta en la que asomaba una lengua hinchada.. El otro brigadista se puso de pie, como loco, y agarró a la madre de Wasyl por el cuello mientras la llamaba bruja y puta. Wasyl no pudo aguantar más tiempo contemplando aquella escena sin intervenir, y tomando la azada salió a la

carrera del cuarto y golpeó al hombre en la espalda con toda la fuerza que pudo reunir. Chillando por el dolor, el hombre soltó a la mujer y se giró para ver a Wasyl con la azada en la mano. Intentó ir hacia él, pero no pudo. La mujer le zancadilleó y cayó de rodillas al suelo. Antes de que se incorporara Halya cogió la azada de las manos del niño. El hombre sintió una punzada en el cráneo, y notó que un líquido caliente le bajaba por la frente, tiñendo de rojo su mirada. Su cuerpo cayó en el suelo de madera en medio de un charco oscuro que no dejaba de crecer. Halya se agachó y dio un fuerte abrazo a su hijo, mientras le cubría la cara de besos. Luego le acarició y le dijo:

—Wasyl, trae la pala y la carretilla.

Entre los dos desnudaron a los hombres y cargaron los cuerpos en la carretilla, y entonces su madre le dijo al chico que se quedara en la casa y no saliera bajo ningún concepto ni abriera a nadie hasta que ella volviera. Le encargó que hiciera jirones con la ropa de los hombres, para que ella pudiera más tarde hacer mantas. Wasyl preguntó por qué no podían simplemente usar los abrigo y los gorros, y su madre le dijo que si otros soldados les veían usándolos les matarían. Luego cogió la pala y la puso sobre los cuerpos de los dos hombres y, como pudo, empujó la carretilla hacia el exterior. No regresó hasta la tarde, visiblemente cansada, pero aparentemente satisfecha. Su hijo había desgarrado la ropa de los hombres en trozos de tamaño mediano.

—Buen trabajo, cariño.

Wasyl, muy cansado, sonrió.

—Tengo hambre, mamá.

—Wasyl, me queda una última cosa que hacer. Espera aquí, y te prometo que esta noche te daré una sorpresa.

Su madre salió de nuevo, y el chico se sobresaltó un poco al escuchar el motor del camión de los dos hombres ponerse de nuevo en marcha. Miró afuera y vio cómo su madre conducía el vehículo lejos de las casas, hasta perderse en dirección al bosque. Le recordó a tiempos más felices en los que, entre risas, veía como su padre enseñaba a su madre a conducir el tractor que entonces usaban en la granja.

Wasył se quedó dormido esperando a su madre bajo los harapos que había cortado. Unas suaves sacudidas le despertaron. Afuera estaba oscuro, y la cabaña estaba iluminada por una vela. Un extraño olor flotaba en el ambiente.

—¿Qué es ese olor, mamá?

—Es la cena, Wasył.

En la mesa había dos platos con carne hervida. Wasył no se lo podía creer.

—¡Mamá! ¿De dónde la has sacado?

Halya rió. Hacía mucho tiempo que Wasył no la oía reírse.

—Te dije que la Madre cuida de nosotros. Come, cariño. Pero no se lo cuentes a nadie. Será nuestro secreto. No dejaré que vuelvas a pasar hambre.

Wasył no comía carne desde hacía meses, y devoró aquella cena mientras trataba en vano de identificar el sabor.

1 – La Casa Azul

(California, noche de Halloween de 1990)

El timbre de la puerta de la casa de los Halloway sonó. Sultán, el pastor alemán de la familia, se acercó nervioso a la puerta, mientras ladraba y movía la cola. Impaciente, Jack corrió hacia la entrada con un disfraz de Freddy Krueger que llevaba un mes preparando, mientras gritaba:

—¡Mamá! ¡Miles y Sam ya están aquí! ¡Bajad ya!

—¡Ya bajamos, un segundo!

Había un tono de enfado en la voz de su madre, que llegaba desde el piso de arriba. Al abrir la puerta Jack vio en el umbral a sus dos mejores amigos del colegio: Miles, disfrazado de esqueleto, y Sam, con un disfraz genial de Bitelchús.

—¡Hola, tíos! Esperad un momento, que falta Vinnie.

Los chicos pasaron al recibidor, y mientras esperaban al hermano pequeño de Jack, éste le colocó a Sultán una diadema con dos cuernos.

—Perfecto, Sultán. Eres un perrazo infernal.

Un segundo más tarde su madre bajaba por la escalera acompañada de un pequeño vampiro que llevaba en la mano una cesta con forma de calabaza. Al llegar abajo, la señora Halloway empezó a reírse.

—¡Chicos, estáis geniales!

—Gracias, señora Halloway. —Respondió Miles. A la madre de Jack siempre le había encantado lo educado que era aquel chico.

—Esperad, una foto antes de salir. —Dijo la mujer mientras salía a buscar la cámara de fotos.

—¡Mamá! —Protestó Jack, impaciente.

Pero unos segundos más tarde los cuatro estaban posando mientras la señora Halloway les hacía unas cuantas fotos. Una vez que se dio por satisfecha le dio un beso a cada uno de sus hijos y habló con tono muy serio a Jack.

—No pierdas de vista a Vinnie en ningún momento. ¿Entendido? ¡En-nin-gún-mo-men-to!

Jack encontraba innecesario esa forma de marcar las sílabas. Por supuesto que pensaba cuidar de su hermano.

—Síiiii. —Respondió con resignación.

—Os quiero de vuelta a las siete y media.

Jack abrió los ojos hasta que casi se le salieron de las órbitas.

—¿Qué? ¡Déjanos hasta las ocho!

—No es una negociación. Aquí a las siete y media. ¿Está claro?

Aunque estaba enfadado, Jack sabía que tenía que capitular o acabaría castigado en su cuarto sin poder salir.

—De acuerdo. —Dijo, bajando la cabeza.

—¡Que os divirtáis!

Salían ya hacia la calle cuando su madre llamó a Jack de nuevo.

—Te olvidabas el guante, despistado.

Jack recogió con alivio su guante de Freddy Krueger con cuchillas de plástico, y le dio las gracias a su madre mientras se lo colocaba. La señora Halloway les despidió desde el porche, mientras miraba cómo los cuatro chicos se alejaban, uniéndose al torrente de pequeñas criaturas fantasmales que avanzaba por su calle. Después volvió dentro, dejando la luz del porche encendida, a esperar que otros niños llamasen pidiendo dulces.

—¡Qué rollo, Jack! Volviendo a las siete y media no te va a dar tiempo a nada.

—Ya. —Respondió Jack enfurruñado.

Caminaba dándole la mano a Vinnie que, ajeno al enfado de su hermano, estaba más preocupado por empezar a llenar de caramelos su cesta. Sus dos amigos se turnaban para llevar la correa de Sultán, que avanzaba nervioso, ladrando de tanto en tanto a alguna de las figuras enmascaradas con las que se cruzaban. Jack no lo podía decir en casa pero sabía por qué su madre estaba enfadada. Tenía doce años pero no era ningún tonto. Su madre se había peleado con John, su novio, y Jack sabía que había sido por

su culpa. A él nunca le había gustado John. Su madre le decía que John no pretendía sustituir a su padre, que si le daba tiempo vería que era un buen hombre. Pero Jack oía muchas discusiones, y a menudo los nombraban a Vinnie y a él. Por eso estaba seguro de que, aunque ella no lo reconociera, su madre le culpaba a él de que John se hubiera ido. Quizás pensaba que él no quería que estuviera con otro hombre nunca más, pero eso no era cierto. Por supuesto que quería que ella fuera feliz, pero sabía que con John no lo iba a lograr.

La noche avanzó y un rato más tarde Vinnie miraba satisfecho su cesta, llena ya hasta la mitad de caramelos y chocolatinas. Los cuatro chicos estaban pasando un buen rato, comiendo chucherías y tratando de reconocer debajo de sus disfraces a amigos con los que se cruzaban.

Sin embargo, Jack empezó a mostrarse algo preocupado. Tenía la impresión de que tres chicos algo mayores, quizás de diecisiete o dieciocho años les estaban siguiendo. Iban vestidos de magos, o brujos, con largas túnicas y sombreros puntiagudos. Era normal encontrarse varias veces con los mismos chicos en distintas calles a lo largo de la noche, pero Jack los había visto siete u ocho veces desde que habían comenzado su paseo en busca de caramelos.

Como confirmando su sospecha, los tres chicos se acercaron a ellos. Aunque Jack empezó a sentir una gran aprensión, tanto él como Miles y Sam se quedaron quietos, esperando a que los muchachos llegaran a su lado. Jack apretó con fuerza la mano de Vinnie, y Sultán ladró con fuerza un par de veces justo cuando el mayor de los chicos les habló:

—¡Hola! ¡Vaya perrazo! ¿Cómo se llama? —Dijo mientras se agachaba y acariciaba al perro en el lomo.

—Sultán. —Dijo Vinnie.

A Jack le sorprendió que Sultán, siempre reacio al contacto con los desconocidos, se dejara acariciar y se mostrara tranquilo. Sin duda aquello tenía que ser una buena señal.

—Hola, Sultán. ¿Qué pasa, guapo? ¡Vaya cuernos que te han puesto! —Dijo mientras le pasaba la mano por la cabe-

za. Después se incorporó. —Yo me llamo Joe. Estos son Des y Leo.

Por supuesto fue Miles el primero en corresponder a la presentación estrechando la mano de Joe, y presentando a su grupo.

—Hola. Yo soy Miles. Éstos son Jack, Sam y Vinnie.

Cuando presentó a Vinnie, Joe también le pasó una mano por la cabeza.

—¡Hola Vinnie! ¿Has chupado mucha sangre esta noche?

Vinnie se rió y lanzó un gruñido mientras subía sus manos como si fueran garras. Joe se levantó la túnica para buscar por sus bolsillos. Sacó de ellos algunos caramelos. Mostrándoselos a Vinnie le dijo:

—¿Quieres?

Vinnie alargó la mano pero Jack le detuvo.

—No hace falta. Nosotros hemos conseguido muchos. —Dijo señalando la cesta de Vinnie.

—Pues es verdad. Buen trabajo.

Se quedó mirando a Jack. Era evidente que notaba el rechazo por su parte.

—No os vamos a hacer nada, Jack. Sólo nos han gustado vuestros disfraces. El tuyo de Freddy es genial.

—Gracias.

—Además, la verdad es que estamos vacilando un poco. —Esta vez fue Des el que habló. —Le estamos contando a todo el mundo lo que hemos hecho.

—¿Qué habéis hecho? —Preguntó Sam.

—Hemos llamado a la puerta de la Casa Azul.

Jack y sus amigos se miraron con los ojos como platos.

—¿Habéis pedido caramelos en la Casa Azul? ¡Venga ya!

Joe le hizo un gesto a Leo.

—Enséñaselo, Leo.

Leo rebuscó en su bolsillo y les mostró unas chocolatinas de una marca que ellos no habían visto nunca. Miles y Leo las miraron asombrados. Vinnie trató de coger una, pero Leo apartó la mano.

—Lo siento peque, pero éstas son nuestras.

Joe, que sin duda era el jefe del grupo, le hizo un gesto a Leo para que se calmara.

—Venga, hombre, seamos amables. Deja que prueben un trozo.

Leo quitó el envoltorio a una de ellas y la partió en tres trozos, dándole uno a Vinnie, otro a Sam y otro a Miles. Jack se quedó mirando sorprendido, sin querer decir nada pero fastidiado porque a él no le hubieran dado ningún trozo. Joe, al que parecía que no se le escapaba detalle de nada de lo que ocurría, le dijo a Leo:

—Leo, dale algo a Jack también. Dale una de las pequeñas.

Con cara de resignación, Leo buscó en otro de sus bolsillos y le ofreció a Jack otra chocolatina mucho más pequeña. Estaba envuelta de forma torpe, como si fuera casera. Jack la desenvolvió y se la llevó a la boca. Estaba rica, pero sabía diferente a las chokolatinas que había probado hasta entonces.

—De todos modos, si os gustan ya sabéis. No tenéis más que ir a la Casa Azul.

Los chicos se miraron, sin saber qué decir. Todos los chicos de la escuela evitaban pasar cerca de la Casa Azul. Se decía que estaba encantada. Corrían todo tipo de historias macabras sobre la extraña música que se oía salir de la casa algunas noches, o sobre su dueño, un hombre al que ninguno de ellos había visto nunca, pero que se decía que no tenía piernas.

—Mira Joe, ¡les da miedo! —Dijo Des. Hasta ese momento los chicos habían sido educados, y a Jack le irritó aquella burla.

—Yo no tengo ningún miedo. Pero me parece una tontería tener que hacer todo el camino hasta la Casa Azul sólo para conseguir unas chokolatinas. —Dijo Jack.

—Bueno, es verdad que está a un paseo. —Dijo Joe. — Pero creo que estas chokolatinas son europeas, no se encuentran por ningún sitio. Y están buenísimas.

Vinnie miró a su hermano.